En la prisión de los bárbaros

y otros cuentos

Hugo E. Boulocq

En la prisión de los bárbaros

y otros cuentos

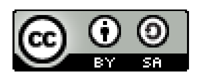
Ediciones Ocruxaves

ISBN Nª 950-9874-88-4
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Editado e impreso por Ediciones Ocruxaves,
Carlos Casares 3337, (1644) Victoria, Buenos Aires
Tel. 4725-0924 / Fax 4746-6629
ocruxaves@ciudad.com.ar
www.ocruxaves.com.ar

Se terminó de imprimir durante mayo de 2003

Impreso en la República Argentina
Printed in Argentina



2012 – Reeditado para versión PDF por Hugo Ignacio Boulocq y familia

Hecho con Software Libre

Introito

Guardo una memoria indescifrable de las largas galerías que corrían por el convento de los pasionistas. Las vidrieras parecían hielo encerrado entre metales, los pisos brillaban como un lago al anochecer, y el techo, muy alto y generoso en vigas de madera renegrida, exhibía sin pudor panales de avispas, refugios de murciélagos y telarañas de exquisita simetría. Allí concurríamos periódicamente con sus nuevos dueños, los salesianos, para templar el espíritu lejos de la ciudad. El campo alrededor era un páramo con caminos de barro, cardales tajantes y animales invisibles. Las vacas que mugían nunca se mostraban ante nuestra vista, sólo dejaban su boñiga como consigna; los caballos que relinchaban a lo lejos jamás pasaban frente a las galerías, y los carros que trazaban su huella eran fantasmas similares a los que recalaban, sin permiso, en nuestros sueños.

Dormíamos en camas alineadas en un salón excesivo, con el centelleo de una luz efímera que el padre catequista dejaba encendida en los baños. La noche duraba un suspiro y el alba estallaba de improviso, cuando sonaba un aria de ópera cantada por alguna soprano desconocida pero exultante. Con los ojos semi cerrados caminábamos en fila hacia los piletones donde un chorro de agua helada debía pegarnos en la nuca hasta herirnos de vida. Entonces estábamos listos para la misa que el sacerdote oficiaba de espaldas y en latín, y que transcurría casi por entero de rodi-

llas, con el repiqueteo de campanillas que anunciaban cada instante sublime de la ceremonia, y en la que se repartía incienso como gollerías para el espíritu. La comunión era nuestro primer alimento del día, y el desayuno, que llegaba después de la bendición final, parecía un milagro remiso. Más tarde, recreos exactos, lecturas piadosas, el rosario, el aseo, los deportes, las comidas insípidas, los cantos, las caminatas retraídas, los juegos, la confesión, en un orden más preciso, completaban el régimen de aquellas jornadas exhaustivas.

Ahora, a la distancia enorme de una vida, creo que no había un mundo real tras los vidrios de las galerías, y que todos los que poblábamos aquel convento de los pasionistas por unos pocos días éramos una fantasía en la que santos y beatos niños descendían del cielo para sumarse a nuestras oraciones repetidas como letanías, a nuestras batallas incomprensibles contra el placer y a nuestra recién encendida piedad. Pero esa fantasía signó tanto mi corazón que aún ahora añoro mis conversaciones de hinojos con el Cristo dolido que presidía el altar de la vieja capilla, o con su Madre, que siempre intercedía por mis cuitas; echo de menos aquella escueta visión de la existencia y la disciplina inexorable de la penitencia, la meditación y el retiro; extraño -por qué no decirlo- la virtud y la fe que pujaba por poseer sin matices.

Alguna ficción en este libro pretende conjurar la imagen simple de aquellas galerías, en cuyo interior fui inocente o ingenuo -cómo saberlo-, y donde aprendí una mística y un rigor inextricables. No conozco el alcance ni la profundidad de esas raíces, sólo sé que son mías y que aún hoy, y por la gracia de Dios, se mantienen vivas.

El autor

a la memoria del
R. P. Agustín Aquiles Rangugni (C.S.),
mi maestro

a la memoria del
poeta Carlos Enrique Urquía,
mi amigo

Las manos del viejo monje

Las manos del viejo monje se entrelazaban como ramas urgidas por la luz, ascendían desde la quietud del regazo hacia la altura que señalaban los índices erguidos, puro hueso como aquel cuerpo consumido por ayunos y penitencias innecesarias, doblegado por el rigor, casi mortuorio. Me deslicé suavemente hasta tocar los pies bajo la manta áspera, susurré su nombre, Marcos, y le pregunté por qué, bendito sea, por qué. Una hora antes, la fría noticia de un suicidio me hubiera parecido atroz o absurda, pero en ese momento la realidad del hecho podía palparse, olía a animal herido, sabía a humedad y hongo de muro, despedía hedor de agonía, se agazapaba en la celda donde el hombre se extinguía como un fuego sin oxígeno. Aún vive, susurró el padre Francisco mientras doblaba la estola morada y guardaba los aceites de la última unción; pero esa vida era una rémora de la vida que alimenta los sentidos, un despropósito del destino. Ahora me doy cuenta de que no recé, quizás fue un olvido o, tal vez, no hizo falta entre tantos labios encendidos: un coro de murmullos piadosos gemía en los corredores, cubría las galerías del monasterio y se hacía oír en la celda: *Padre Nuestro que estás en los cielos*, *Dios te salve María*,

aunque el moribundo ya había cerrado definitivamente los oídos y, según el médico, sobrevivía gracias a los empecinados latidos del corazón, un músculo díscolo que, en la oscuridad del pecho, difería con sus movimientos imperceptibles el conflicto que tendríamos con las exequias y, por qué no, alentaba la esperanza de otra muerte, en otras circunstancias y con la conciencia del viejo monje limpia de la ignominia. Pero el cuerpo de Marcos no presentaba un solo signo de tan tremenda caída desde el campanario de nuestra capilla; su salto, brutal y normalmente fatídico, hubiera desmembrado y partido los huesos de cualquiera, convirtiendo en astillas lo que aún se mantenía firme, desangrando y mutilando órganos y tejidos que aparecían intactos; por qué sólo el cerebro acusaba los efectos de lo acaecido, y aún así ni la cabeza ni el rostro del suicida mostraban señales del choque contra el piso. La medicina no alentaba sospechas: el moribundo era un vegetal comatoso por imperio de hechos desconocidos, cuya evolución era segura pero imprecisa, es decir que cuando se detuviera el corazón se acabaría la vida. El médico había dicho que no existían indicios ni razones para creer en un suicidio, y tampoco para pensar que se hubiera despeñado desde la altura que los testigos decían. Las versiones de los hermanos, sin embargo, coincidían y apuntalaban una idea distinta: "Se arrojó como un tronco decidido a partirse".

Frente al cuerpo lánguido y exánime sentí piedad y miedo al unísono, volví a presentir que la vida es un espejismo que se derrite con la muerte, un cuento sin desenlace cuya única originalidad es tenernos, por un tiempo, como protagonistas, pero no tuve en cuenta sus sarcasmos e ironías, que las hubo y fueron una seguidilla desde el tercer día de la agonía, cuando el hermano Anselmo, encargado del aseo del moribundo, me

avisó que al viejo monje le estaban saliendo raíces. “Cómo que raíces”, gritó con el vozarrón que aterrorizaba a los novicios y mantenía en vilo al auditorio de mis sermones dominicales, “qué hizo, hermano, qué hizo, lo regó en vez de mantenerlo limpio y prolijo”. Comprobé, en efecto, que a Marcos le habían brotado unos raigones de marga y arcilla en cada comisura del cuerpo, los que parecían dispuestos a crecer y asirse al colchón y las vigas del camastro que lo sostenía. Bien podían tratarse de nervios aflorando o de simples pelos creciendo a su arbitrio, y mejor me hubiera convenido no consultar al médico: “Germina”, sentenció el facultativo, y el tiempo le dio la razón: al infausto hermano comenzaron a crecerle hojitas de enamorada del muro y ramitas de futuros jazmines, así que el aroma de la celda se tornó silvestre y el ambiente cambió de mohoso a fresco, con una frescura agreste que recordaba a jardines floridos. La tímida presencia del suero que lo alimentaba era la única nota hospitalaria en aquel antojadizo invernadero, donde los vegetales provenientes del consumido cuerpo no se cansaban de engordar y esparcirse por las paredes, el techo y el piso. Si hasta había que andar con cuidado de no enredarse con los acodos, tallos, brotes y mugrones que invadían cada rincón del cuarto como guirnaldas de una fiesta, para no pisar lo que podía ser tejido sensible del hermano en agonía.

Decidí que la presencia del jardinero era ineludible, porque a medida que el verde se esparcía sus atenciones suplirían la alicaída suerte del enfermero y sus específicos. ¿Qué remedio podía prescribírsele a un cuerpo que alimentaba la imperiosa vida que se multiplicaba como los panes del Sermón de la Montaña?

Pronto abonos y fertilizantes suplantaron la farmacopea inútil de la

medicina, y merced al agua y la tierra negra el nuevo jardín mudó la humanidad sufrida del hermano Marcos, tal como una enredadera oculta la pared y no es posible saber si la pared realmente existe. El agónico monje cobró color de terrón y raíces, y su piel se confundió con el escueto tinte de una infinidad de radículas; creo que fue su apariencia de corteza la que me impidió seguir la evolución de su agonía. Porque Marcos debió morir un día entre los muchos días que viví al filo de creer que ya nunca moriría, y entre tanto el capítulo del monasterio no se decidía por la beatificación o el exorcismo. ¿Qué demonio habitaría el espíritu de una planta? Sin embargo, un conciliábulo ridículo resolvió que el hermano Marcos había sido poseído por fuerzas malignas y que su alma no descansaría hasta tanto no se expulsara el mal de su cuerpo extinto. Con el permiso del obispo y con la sola prueba de unas ramitas que se secaban en una caja de cartón, un día comenzó el rito del exorcismo frente al muerto y entre los vegetales que lo cubrían; hubo oraciones y sentencias latinas, y órdenes en nombre de la Trinidad y por los fueros del Altísimo para que las legiones demoníacas abandonaran lo que no les correspondía. El cura oficiante roció todos y cada uno de los rincones del claustro convertido en jardín con abundante agua bendita y prometió regresar tres veces cada día hasta que los Cielos enviaran algún signo de triunfo visible. Que no lo hubo a pesar de sus constantes visitas, porque ni el cadáver mostró señales de descomposición, ni se secó una sola de las ramas que de él se desprendían. Asistí con alivio a la definitiva partida del exorcista. Su frustración me dejó el resabio de la ignominia: “En otros tiempos lo hubiésemos quemado”, ladró al despedirse.

Suspiré y regresé junto al cuerpo sin vida del hermano Marcos, me

senté en un borde del camastro y contemplé extasiado la verde profusión que iba y venía por las paredes y el piso; calculé con algo de malicia que el exorcista había regado las plantas con más método y frecuencia que el hermano jardinero, y que por eso lucían frescas y altivas. Luego, como el primer día, deslicé mi mano hasta tocar los pies del viejo monje, y noté con verdadera delicia cómo mis dedos se hundían en la tierra viva, deshaciendo la forma de los pies. Cada terrón palpitante de aquella masa orgánica latía en mis yemas y tañía mis uñas con el sonido más antiguo de la vida, resonaba como todas las brisas y todas las lluvias, albergaba la tibieza de cada rayo de sol que hay en el mundo, y su fuerza era la fuerza de todas las semillas. Aquel ínfimo vientre infinito contenía el círculo de la existencia, la verdad inagotable de la que provenimos y hacia la que vamos, y se convertía en la única certeza entre todos los incomprensibles que nos habitan.

¿Debí dar gracias a Dios por el alivio que me sobrevino? Aún no lo sé. El cuerpo de Marcos se deshacía y en su lugar la tierra festiva se exhibía preñada de raíces y brotes que crecían y crecían y crecían.

Una sombra aciaga

"Nunca, nunca podrá
tranquilizarse mi espíritu".
Goethe, "Werther"

Una sombra aciaga me invade el alma; es un presagio que me acompaña desde que abandonamos Tierra Santa: no son los moros inexorables, no es la derrota que sufrimos en San Juan de Acre ni la humillación que abatió a los cruzados en Nicea, no es el recuerdo de las miserias que padecen en Jerusalén los cristianos ni la visión de la iglesia de Santa Sofía saqueada; algo más siniestro aprisiona mi ánimo mientras cabalgo, de regreso en Francia, junto a mis camaradas.

Los antiguos caminos que antes cuidábamos están enmalezados, parecen propicios para una emboscada, pero aun con el temor a mis espaldas no puedo sustraerme al encanto de los enebros que huelen a bosque profundo. Más allá, en la región de los grandes pastos, hallaremos los robles a cuya umbría se levanta el castillo de los templarios. Un paisaje grávido lo rodea como un vallado, pinos y nogales se alinean en el barranco, ocultando los pantanos y las viejas grutas que se hunden en el corazón de la tierra, pero el aire es fragante y sus brisas acarician como el terciope-

lo.

Nuestra marcha es lenta y la jornada que resta será más larga si no damos descanso a los caballos. El sudario que cubre los animales está empapado, tiene un olor acre que lastima la mañana y atrae moscas y tábanos. El hermano Molay, a mi lado, busca un sitio seguro para acampar, creo que él también presiente la adversidad.

Ensimismado, cavilo sobre la suerte que me devuelve a los lugares donde mi juventud transcurrió vigorosa y entusiasta. Entonces tenía fe, derrochaba coraje, era disciplinado, ascendía rápidamente entre los caballeros templarios; honraba mis votos y me mantenía casto y sin ambiciones materiales. Había consagrado mi espada a Santa Ana y combatía para proteger a los peregrinos, no le temía al dolor ni a la muerte. ¿Cuánto de aquel valiente me acompaña hoy en este viaje? Ahora mi fe es titubeante, el honor de que alardeaba claudicó ante el canto de la carne, soy ruin, jactancioso y cobarde, guardo rencores y atesoro mezquindades, temo abandonar este mundo porque sé que no hay otro que me aguarde.

Los pocos caminantes que hallamos pasan a nuestro lado sin hablarnos, tan grave es su apuro y tan poderoso es el mal que los espanta. Sus aldeas se pierden en la bruma, son un espejismo que presumo desdichado: chozas de paja húmeda entre zanjones que apestan como llagas, calles estrechas donde las penurias se ventilan hasta secarse. ¿Qué sé yo del mundo donde el dolor es alimento diario y todo falta? ¿Cuántos padecimientos del prójimo me alcanzan? La Iglesia me adiestró en los rigores monásticos, armó mi brazo, nutrió mi espíritu, me hizo implacable para que batiera a sus enemigos, pero me mantuvo a salvo de las miserias que corroen el corazón y estragan el alma. Sólo en el campo de batalla conocí los

límites de un mundo abominable; su horror me acompaña como un endriago.

-Esta mujer quiere que huyamos –me sobresalta el hermano Pablo, refiriéndose a una aldeana que se acercó para hablarnos. El incidente despierta mi curiosidad, nadie se atrevería a tanto frente a una compañía de templarios si sus razones no fueran capitales. La cruz color sangre que resalta en nuestras túnicas blancas y que ondea en los lábaros que portamos, precede nuestra fama. Le pregunto por qué.

-¡Dios se apiade! Las tropas del rey están buscándolos, mi señor. Es una muchacha, su voz suena atemorizada y vacilante, como un eco desgajado entre peñascos. No sé por qué le creo y me dejo llevar por sus palabras. La sombra en mi pecho se agranda, ahora es más que el presentimiento del crepúsculo; hay traición y muerte tras sus garras. Decido con rapidez que abandonemos el camino y sigamos a pie por las cornisas de piedra que rodean los pantanos. Cuando salimos de Jerusalén también oímos noticias preocupantes sobre los hermanos que habían regresado a España, noticias de cárcel y tormentos en tribunales eclesiásticos, pero estamos en Francia, cómo olvidarlo, aquí la Orden acopia el oro del Estado, es rica y poderosa, protege las artes y fomenta las ciencias, gracias a ella la sabiduría de Oriente tonifica el Occidente cristiano. No quiero engañarme: también nos acompaña el fracaso militar de las Cruzadas. Ya perdí la cuenta de tantas inútiles lides en que, una y otra vez, fuimos humillados por la caballería musulmana, batidos por sus tácticas, que brillan en los ejércitos árabes como un arte.

Las cruzadas consiguieron debilitarnos, es cierto, porque armados para socorrer, batallamos para proteger nuestros dominios.

“¡Cuánto bien nos ha hecho esta fábula de Cristo!”, sé que dijo, jactancioso, quien hoy nos ataca al amparo del poder y la soberbia, pero cómo probarlo.

El hermano Venancio me sostiene, el camino es una traza de rocas afiladas cubiertas de musgo.

-La niña bien pudo vender su acto por unas monedas de plata-, susurra cansado, mientras adelanta su espada como guía de cada pisada. Es sensato, quizás vamos hacia una celada. Nos temen, nos odian, nos envidian; el rey codicia nuestras propiedades, el papa, nuestras rentas, los obispos, nuestra fama, por qué engañarme, nadie desearía ayudarnos. Tal vez la mujer fue sincera y dio el aviso por alguna piedad cuyo sentido se me escapa. No soy versado en conmiseración, carezco de práctica para la misericordia, y del amor, que es su madre, guardo una sola memoria que me hiere y abraza: Esther. “Te amo”, me decía al oído con voz de brisa cálida. La recuerdo: era como el desierto de la tarde, ardiente y ondulada, la piel de resolana, los labios inflamados; cuando me besaba todo sucumbía, mi cuerpo, mi fe, mi alma, la poca constancia que guardaba para la batalla. “Mi Dios va a castigarme por amarte”, me lamentaba, y ella, sonriente, exclamaba: “Tu Dios es mi pubis”. Eso me causaba gracia. “Mi Dios no me provoca tanto”, le contestaba abstraído por su belleza, condenado por sus encantos. Las ruinas del templo de Salomón, a cuya vera la Orden levantó su casa y la primer comandancia del Temple, eran el espejo de mi espíritu entregado como un cordero para el sacrificio; por su amor había abandonado los rigores militares de nuestra Regla, que hacían del cuerpo un ser sufrido y lejano, insensible y acostumbrado al ayuno y la vigilia, a la frugalidad y el castigo de la carne. Noche tras noche me escapaba hacia sus bra-

zos morunos para sumergirme en su piel de oasis y en el espejismo de una vida que no era mi vida y que, al amanecer, se esfumaba como los duendes portentosos de los versos que Esther me susurraba. *“Ni vivo existo, puesto que tú te alejas, exquisita figura, ni muerto existo. ¡Oh! angustia de este género de existencia, hecho para conducir a la nada”.*

De ella aprendí cosas que siempre supuse banales: la memoria de los aromas, la sapiencia del tacto y el inefable mapa del espacio. “En los caminos invisibles del desierto mi pueblo encontró un hogar de arena y viento, tan rudo e implacable como mágico; de allí provengo y por eso llevo en la sangre la pasión del sol que arde”.

Los hombres protestan, no quieren abandonar sus cabalgaduras y temen internarse en las sinuosidades de un terreno hostil y poco confiable. Impongo mi autoridad; además, ya se oyen los cascos de los caballos que se acercan, al galope, por el camino que corre arriba del barranco. Traen prisa por encontrarnos y, al escabullirnos por el pantano, aumentamos sus ansias. Los soldados del rey saben que en este laberinto llevamos ventaja.

Converso con el hermano Venancio para descargar la tensión que me provocan mis propias decisiones.

-La soledad y el aislamiento nos foguearon –dice sin emoción, hablándome como el murmullo de las ramas que mece el viento-, pero nuestras fuerzas menguaron. Yo, sin ir más lejos, sólo ambiciono un cojín para deleitar mi trasero.

-¿Qué pecado cometimos para convertirnos en presas detestables? –le pregunto abochornado.

-Ninguno, mi amigo, ninguno. ¿Qué pecado cometió mi trasero para sentirse cansado?

Es lógico. Somos el botín de los fatuos. ¿En qué falta incurrí cuando amé a Esther?

La culpa es un ácido que corroe la conciencia, sin ella el poder de la Iglesia se diluiría como rocío de la mañana.

-¿Qué fue de la sarracena que frecuentó en Tierra Santa? –temo que me pregunte con naturalidad el hermano Venancio.

-Con ella tuve el cielo en las manos y el infierno en el alma. Aún hoy me condena y me salva –le confesaría sin avergonzarme. Nunca fui confidente de un camarada. Pero las heridas se cubren sólo para que el olor no se vuelva insoportable, aunque la sangre no pueda ocultarse. ¿Qué dirían mis ojos y mi piel cuando regresaba al campamento templario después de amarnos hasta desgarrarnos? ¿Qué paz me delataría, la del cuerpo que había batallado hasta agotarse o la del corazón que rebosaba de gozo y alegría?

-Si la amó y bebió de sus entrañas, no se dañe. Un simple voto de castidad sirve tanto como una espada mellada –imagino que me consuela. ¿Pero cómo explicarle al hermano Venancio que no es la castidad violada lo que me atormenta sino el empeño que puse para que no me amara?

-Un simple voto de castidad puede doblegarnos, usted lo sabe. Ciertos cilicios sacan callos, hermano, y nos hacen creer que todo cuanto sacrificamos contribuye a edificarnos –le contestaría empecinado.

-Jamás sacrifiqué una buena copa de vino tinto –concluiría el viejo monje sin sonrojarse-, *¡y que Bernardo y nuestros padres me lo demanden!*

Siento desazón: mi existencia no se redime en el pasado y ahora es una mancha aciaga que se agiganta. El dolor me tortura. Pero hay otros

tormentos que la vida nos ha reservado y hacia ellos vamos.

La antigua comandancia del Temple luce abandonada, invadida por la maleza, despojada por la rapiña. Muy poco queda de la fortaleza donde fuimos adiestrados, el puente resquebrajado pende de un aparejo oxidado, ya no hay agua en el socavón que la circunda, sus torres desmoronadas son nidos de aves, y adentro, en los viejos patios de piedra, ahora pastan los animales. La avaricia del rey Felipe no perdonó ni siquiera la obra de los artesanos que tallaron los muros con nuestros escudos de armas, uno por cada noble que vistió el hábito blanco de la Orden. En las troneras que se yerguen como centinelas solitarios ya no se ven las cruces rojas que nos identificaron como *pobres caballeros de Cristo*.

En ese mundo desbastado no hay lugar para refugiarse ni sitio alguno para emplazarnos y dar combate; siento en mi cuerpo las miradas interrogantes de cada camarada, aún las del hermano Molay, primo del Gran Maestre de la Orden y mi mejor espada. La pregunta es única y única también es la respuesta. Esperar sin esperanzas a los soldados es desear la muerte, de eso no me cabe duda; aunque dudo de la importancia de cualquier fe y de cualquier mística para salvarnos. Somos el despojo de una fraternidad siniestra que se extingue como el sol en cada tarde, toda la ciencia y las riquezas que atesoramos durante los años de esplendor ahora son migajas.

No sé por qué quieren capturarnos, no entiendo este fracaso, pero levanto mi espada y la exhibo como un rayo que fulmina la mañana. Todas la espadas se alzan y un griterío invade las ruinas que yacen como cadáveres. El eco nos devuelve la oleada de arrojo y coraje que lanzamos al aire.

Mientras se acercan los soldados del rey, escribo un nombre en la tierra con la punta del acero. Venancio se acerca y me sonríe, después, con la placidez de sus años, susurra:

-Nuestra suerte está echada: no tenemos caballos.

Sonrío también y poco falta para que estalle en carcajadas.

-Entonces la niña nos condujo a una emboscada y la recompensa para su gente fueron nuestros caballos. ¿Debí saberlo, hermano?

-No, simplemente debió calcularlo.

-¿Moriremos?

El hermano Venancio me observa con tristeza. No esboza reproches ni se jacta de su suspicacia. Guarda para sí todo lo que sabe, porque a su edad la sabiduría se distancia de la arrogancia. Y a pesar de que no hay respuesta para la obviedad, me contesta:

-Jamás.

Ahora sí me río con ganas, y la risa me da coraje para enfrentar la muerte que se avecina inexorable.

El inquilino

Qué es esta historia que me cuenta de un vecino nada común, nada elocuente, poco afable y muy renuente a decirle buenos días, señor Alfieri, o buenas tardes, cómo lo trata el tiempo. Será retraído o estará enfermo, cómo podría saberlo, y, además, qué tiene que ver eso con los alquileres que me adeuda, porque van para cinco meses y nada cambia este hecho que su vecino sea muy alto y de una flacura infrecuente, como un cadáver pero ostentosamente feo y groseramente viejo. Si pudo comprarse la casa lindera tendrá dinero y entonces alguien, alguna vez, vendrá a verlo y usted podrá preguntarle por qué no lo saluda cuando se encuentran en la vereda, siempre de noche mientras saca la basura y él regresa con su maletín negro, el traje holgado y crujiendo los dedos.

Los dos primeros meses de atraso me dijo que no le llegaba una remesa de dinero por una antigua deuda, y yo le di crédito, me armé de paciencia y ni por asomo imaginé que este vecino nuevo vendría a ponerlo así como lo veo, nervioso y balbuceante como un condenado a muerte, angustiado y consumido por las noches en vela, perdidos el garbo y la prestancia que le admiré desde los primeros alquileres, todo por un hombre que lo ignora como deberá hacerlo con otra gente. Aunque nada se compara al desatino de colarse en la casa de un vecino ausente para fisgonear como un bribón de la peor ralea, y para colmo me cuenta que en la estancia no había muebles ni enseres, ni siquiera una bombilla eléctrica, eso es

raro, quién vive en una casa al único amparo de las paredes, alguien que no necesite comer, dormir, acicalarse y entretenerse, pero en su estado yo dudo que no haya confundido las puertas y todo este entuerto sea porque usted vino a meterse en otra casa creyendo que lo hacía donde tampoco debiera. Creo que estas cosas le suceden por descuidar lo importante y ocuparse de pequeñeces, el dinero, por ejemplo, es un asunto grave, en cambio esta trama sin pies ni cabeza no vale un céntimo. Y si estaba tan seguro de haber ingresado en la finca correcta, por qué montó guardia para espiar su regreso, es que perdió la cordura y se dejó ganar por el impulso cuando, al verlo, corrió a golpearle la puerta. No pensaría que alguien tan extraño iba a explicarle sus rarezas, que no lo hizo, eso es cierto, porque recién ahora me dice que el tipo era mudo y le faltaban las orejas. Él se quedó mirándolo como un león a su presa, los dos parados frente a frente en las sombras de una noche que le pareció eterna, y sin avisarle siquiera trajo el maletín negro y lo abrió para que usted viera. No voy a negarle que la situación me inquieta, pero tenga en cuenta que por cinco meses no pagó sus alquileres y no sé si podrá hacerlo. Si se mudara, Alfieri, yo buscaría otro inquilino que pagara en término la renta, le perdonaría lo que me adeuda y ambos quedaríamos en paz. Es evidente que necesita descansar y distraerse; por qué no se toma un tiempo para reponerse y despejar la mente, así olvidaría estos extraños sucesos y no andaría por allí repitiendo que adentro del maletín el extraño guardaba las palabras que no podía oír ni pronunciar. A ver si lo entiendo: me dice que esas palabras no tenían forma, que carecían de una estructura, y que usted sintió su presencia del mismo modo que se siente el aire aunque no haya viento; tampoco eran sonidos y sin embargo las escuchó como se escucha una

melodía cuando se la recuerda. Y aun así no pudo conversar con su vecino porque él no se valía de ellas para transmitir ideas o imágenes, no eran un medio para entenderse, no servían para comunicar sensaciones o sentimientos, ni siquiera se las podía usar para indicar un lugar o un objeto, menos aún para hacer preguntas o dar respuestas; eran una mera presencia cuyo empleo difiere como la luz de las tinieblas del que nosotros le damos a las nuestras. A pesar de ello usted sabía que eran palabras, simples y comunes vocablos como los que utilizamos en este momento para hablar de todo esto. Cómo pretende que yo lo comprenda, Alfieri, si usted afirma que no eran lenguaje ni lengua, que no eran la vía de un razonamiento o el sustento de un concepto, que no expresaban nada ni decían lo sustancial o lo superfluo de lo intangible o lo concreto, algo así no existe, sencillamente porque no tiene existencia. Qué me diría usted si yo le contara que vi un fuego sin llamas que no ardía ni quemaba, con el que no podía calentarme ni iluminarme y al que le faltaban las brasas, e insistiera en que era un fuego porque sus centelleos me tocaban y sus chispas me lastimaban, acaso no se sentiría perplejo. Seamos sensatos, este hombre podía ser un prestidigitador, un ilusionista o un charlatán de feria, alguien bastante hábil para hacerle creer que una palabra de esas en sus dedos se convertía en lo que nombraba; la silla, por ejemplo, usted la vio aparecer mientras la palabra silla danzaba en su cabeza, y la mesa y los sillones y la tupida biblioteca, todo estuvo allí hasta que su vecino cerró la maleta. Hay tantas explicaciones para desenmascarar estos trucos, la realidad virtual, el efecto óptico del holograma o el tridimensional de las imágenes lenticulares, y ello sin hablar de algún poder hipnótico que el extraño poseyera y pudiera emplear mientras usted miraba el interior del maletín negro. Lo contrario sería

aceptar que estos billetes que hoy me trajo -los que, por cierto, le alcanzan para pagar el alquiler y comprar la casa- son el producto de algún arte increíble, del que le ruego no me hable. Bastante tuve esta tarde con su afán por mostrarme lo que el vecino le hizo a sus orejas y a su lengua. Que está completamente sordo ya me di cuenta, aguantó mis reproches y, a pesar de ellos, me pagó generosamente; mi atolondrada monserga fue un monólogo sin consistencia, pero su voz, Alfieri, de dónde me llega, y qué es esta locura de palabras que me asaltan como olas de una tempestad y desgarran lo que veo, acaso no existe esta mesa a la que estamos sentados y en su lugar hay una mesa que es todas las mesas, quiere enloquecerme, no puedo describirla pero sé que es una mesa, del mismo modo que sucede con las sillas y el espejo, y con usted, Alfieri; en qué clase de hombre se ha convertido para que yo no sepa si es mi antiguo inquilino o su extraño vecino o yo mismo contemplando mi fealdad y mi vejez sin remedio. Quienquiera que sea, por favor, le ruego me devuelva mi humilde sentido de las cosas y yo le prometo que jamás le negaré a usted un buenos días, señor Alfieri, o un buenas tardes, cómo lo trata el tiempo cuando nos encontremos de noche mientras usted saca la basura y yo regreso con mi maletín negro, el traje holgado y haciendo crujir los dedos, aunque quizás tenga razón y me convenga distraerme y despejar la mente, así me sacaría de la cabeza este delirio de palabras que no puedo oír ni pronunciar pero que existen para que las cosas sean.

El último sermón

Había dado un sermón magnífico, amenazador para los pecadores empedernidos, gratificante para las almas justas, alentador para los indecisos. Una pieza oratoria sin desperdicios. Inspirado, histriónico, elocuente, habló de un paraíso ubicuo apuntando a lo alto y de un infierno terrible señalando el piso, comparó el paso del Mar Muerto por el pueblo judío con la muerte y resurrección de Cristo, y se detuvo en el misterio sublime de la fe. Dijo que la fe es el medio exclusivo para alcanzar la vida eterna, y que sin fe todo es tinieblas y vaguedad. Pero omitió decir que él hacía tiempo que la había perdido. Continuó con la misa y a su término, ya en la sacristía, sin darse cuenta de lo que sucedía, murió. Entonces abrió los ojos y se encontró con la verdad, la que distaba un tanto de sus creencias perdidas y se acercaba más a lo que alguna vez había intuido. No vio luces de angélico brillo ni etéreos caminos infinitos, ningún resplandor fulmíneo lo enceguesció para anticiparle la gloria del inconmensurable dominio de la divinidad. Supo que no estaba en ningún sitio y que él mismo era una multiplicación de espacios que a su vez lo comprendían, una repetición incesante, un fluido incontenible. Su muerte debió ser una descarga de energía, una fuga dentro de un sistema abstracto que le permitía, sin medida alguna del tiempo, despertarse y abandonar, lentamente, el sueño de la vida. Todo era perfecto y simple: no tenía cuerpo, no era un alma perdida ni un espíritu vagabundo, era sólo él y, sin embargo, no se reconocía como

un individuo escindido de aquel absoluto que lo envolvía. Observó que su percepción de esa realidad se asemejaba a la forma en que los seres vivos perciben los sonidos y se sintió urgido por entregarse manso y pacífico a la infinita melodía que él también componía. Pero el golpe llegó como un latigazo imposible, y en vano buscó el lugar en el que lo había recibido. Quiso darle forma a un grito que le permitiera demostrar lo que él creía que era dolor, pero todo lo que obtuvo fue una especie de chispa, un centelleo fugaz. Se había encendido, esa era la sensación más precisa de su situación, todo él era un fuego que ardía, una incandescencia que iba y venía sin mover un ápice el eje donde se sabía conciente y lúcido. El hecho de tener conciencia lo confundía tanto como el vértigo que lo ceñía. Un nuevo golpe volvió a sacudirlo, pero esta vez fue un destello fugitivo que interrumpió el fluir inaudito. Ahora estaba y no estaba, una marea lo arrastraba y otra lo atraía, pero no podía decirlo porque la acción no existía; nadaba en la nada y, a pesar de ello, sabía que sus verbos intactos le indicaban las cosas que acaecían, aunque ninguna cosa en rigor ocurría. No tenía ejercicio en los sin sentidos que formaban ese instante perpetuo donde, muerto, tenía que definir un estado, las precipitaciones de los estímulos y la vaguedad de lo que no conocía. Bien podría haber dicho que era feliz, pero feliz como lo es un ave que vuela sin destino ni procedencia, sin un abajo ni un arriba, libre y ajena a las dimensiones del cielo, batiendo las alas por instinto y flotando en el aire sin advertirlo. Su conciencia no le permitía el juicio ni la razón, sólo la intuición de lo que percibía y que él llamaba muerte como le hubiese podido decir sueño o pesadilla. Pero no dormía. Eso lo distinguió cuando la última y brutal embestida le acercó la sensación de la luz, un indescriptible brillo lo succionaba y lo despedía, lo paralizaba sin

detenerlo, lo acorralaba hasta marearlo y derretirlo. Supo que la divinidad estaba allí y deseó creer que al fin vería la tierra prometida en la que no había tenido fe. Entonces fue él también brillo, luz y claridad infinitas. Hasta que, en el mundo de los vivos, la mano ajena a tantas delicias del más allá apagó la luz del velador y se durmió.

Suelo mirar el piso

“¿Ni aun temes tú a Dios,
estando en la misma condenación?”
Lucas, 23-40

Suelo mirar el piso cuando el aire trae pesares, una mano sostiene la otra y ambas la cabeza que no se alza, en rigor tampoco se cae, pero cualquiera diría que una carga invisible la empuja hacia abajo. La acción es mecánica y proporcional a las dificultades que causa el dinero cuando falta. Supuse que así conseguiría abstraerme y obtener soluciones rápidas, aunque es innegable que el proceso no sirve para nada, y ni siquiera es relajante; los músculos se contraen, los ojos se inflaman, la sangre circula lentamente y la razón pierde la dimensión de los objetos reales. Los mosaicos, por ejemplo, que son negros con vetas grises y blancas y visten toda la sala, caprichosamente comenzaron a mostrarme formas escondidas a la observación cotidiana: dibujos de seres fantasmales, como el ángel de la venganza o el dios de la guerra envuelto en llamas, escenas de terror en bergantines piratas o encuentros sicalípticos de efebos y demonios medievales. Es cierto, y así lo comprobé, que se trata de apariencias itinerantes y que no resulta fácil dar con ellas cuando se las demanda. La mente juega a crear imágenes ya registradas y alterna, arbitrariamente, las

líneas y los rasgos, mostrando una marioneta donde antes había un ángel, o un alegre campesino donde podía verse al dios batallando. Fue necesario que mi economía naufragara y el desánimo me abatiera para que nuevas y sorprendentes imágenes se presentaran con claridad, bien delineadas, constantes aunque desordenadas en toda la extensión del piso de la sala. Ya no se trataba de siluetas originadas en estereotipos, ni de trazos adaptados al contraste del negro sobre el blanco, aquello era una sucesión intencionada de escenas cuya coherencia no entendía pero que ilustraban una ciudadela sitiada donde las ratas lidiaban con los humanos por la comida, las mujeres y los niños gemían de espanto, y unos toscos soldados blandían sus espadas para tutelar el dolor y el hambre. Calculé que si existía una trama oculta, el principio debía estar en alguna parte; desalojé los muebles que ocupaban la estancia -mesas, sillas, biblioteca y armarios-, y me dediqué a resaltar con pintura naranja las circunstancias captadas, marcándolas según se entrelazaran o separaran entre sí. Las que ambientaban el paisaje, exhibiendo callejas oscuras entre torres muy altas, los puentes amurallados, las pestilentes trincheras y la vorágine de hombres resistiendo el ataque invisible que llegaba del exterior, ocuparon los primeros cuadros, los que singularmente estaban en el centro de la sala y giraban encadenándose como en juego de postas o marcos concéntricos, similar al de la Oca. Quien había dispuesto la historia ilustrada y la había escondido en una aparente decoración, cuidándose de presentarla como ornamentos inocentes de los mosaicos, tuvo que ir rondando hacia derecha o izquierda y luego bregar contra una geometría poco apropiada para la tarea, aunque con un plan preconcebido y, por lo tanto, esbozado antes de haber colocado las placas. ¿Sabrían los instaladores que con su trabajo

realizaban, palmo a palmo, una iconografía organizada, cuyo fin era permanecer oculta? No se trataba de materiales finos o raros, y su manufactura justificaba la vulgaridad de cualquier casa de los suburbios de mediados del siglo pasado: algo rápido, algo barato, algo utilitario. Los descendientes de inmigrantes nos acostumbramos desde niños a estas calamidades. Pensé en desprender una laja para verificar si tenía una identificación en el anverso, lo que me hubiera proporcionado la cronología de los hechos, pero desistí de la idea por temor a desarmar sin remedio la historia que la moldura encerraba. Entre el fuego de los atacantes y la presencia de un monje arqueado trabajando sobre un pergamino, que me señalaban dos sendas y argumentos distintos, opté por el primero y comencé a ver el daño que las bolas incandescentes causaban dentro de las murallas. Los edificios se incendiaban y parecían estallar como brasas, hombres y animales quemados aullaban de dolor antes de caer exangües, los sobrevivientes corrían y se guarecían en las pocas construcciones de granito que ocupaban los soldados, y una danza macabra de rostros deformes y llagados me indicó el camino de un remedo de hospital superpoblado y de una iglesia en ruinas que reservaba su cripta para refugio de niños y ancianos. No había recorrido aún ni la mitad del piso de la sala y, si la dirección de la espiral que seguía era correcta, presentía que el triunfo del enemigo era inevitable. Aquellos desgraciados serían exterminados y pocos sobrevivientes podrían dar fe de la pesadilla que habían atravesado. Pero la figura del monje se intercalaba como un hecho concomitante y aparecía cada tanto mostrando el empeño del hombre por apurar su trabajo. Ya había llegado a uno de los zócalos y el caracol velado al ojo común se difuminaba en cuadros que no concordaban con los que había transitado hasta ese

momento. Si esos cuadros eran mapas o escrituras cifradas, mi suerte estaba sellada, ¿qué lugar o qué lenguaje situaban el drama en el tiempo y el espacio? Pero si se trataba de señales de una puerta falsa, a la que había arribado luego de seguir mosaicos equivocados, entonces me encontraba frente a un problema intrincando, armado sólo con imágenes. No pude imaginar que lidiaba con palabras, y menos aún pude imaginar el poder de esas palabras.

Como en una historieta sin texto, cuyas páginas no estuvieran numeradas ni ordenadas, los mosaicos me retaceaban el método y la idea de la trama: una fortaleza arrasada por un enemigo invisible, donde sus habitantes padecían los estragos de la sed y el hambre, sobre la que llovían las mismas llamas del averno, mostraba los tráfagos de un monje absorto y ajeno al horror, ilustrando un pergamino. ¿Era aquello ni siquiera una historia para ser contada? Busqué, a la sazón, en las lajas más alejadas otras figuras y distintos escenarios que pudieran confirmarme la existencia de un único y revelador relato, y la historia se tornó de rara en complicada: dos hombres arrastraban a un tercero envuelto en un sudario, sus piernas y sus manos sudaban toda la humedad que las escaleras que conducían a la cripta de la iglesia guardaban desde su construcción. Abajo, en el sótano orlado por nichos sin tapia, en cuyo interior se perfilaban los huesos y la carne putrefacta de cadáveres, una multitud andrajosa pero entusiasta celebraba algún rito extraño de purificación; sus rostros contrastaban con aquellos otros desencajados que había visto en la superficie de la ciudadela, revelaban júbilo y tenían un rictus de gozo que me pareció estrafalario. Esperaban el cuerpo que los hombres transportaban y por el cual, seguramente, el mismísimo infierno se había desatado sobre sus cabezas. Las

teas de aceite mostraban las sombras que aguardaban, ansiosas, en cada rincón de la cueva. Cuando cuerpo y sudario fueron depositados sobre una losa precaria, el universo entero pareció derrumbarse: arreciaron los ataques, se multiplicó el furor de las ratas y el miedo de los humanos, creció la ira de los soldados y el fuego, omnipresente en el paisaje, se elevó en llamas voraces. Me sorprendió comprobar que los estragos no alcanzaban la caverna, tal vez porque se trataba de secuencias distintas ideadas a la par, como la del monje que, ahora sí, se mostraba a punto de culminar su trabajo. Quienquiera que había dibujado las escenas se había preocupado por dar al cuerpo muerto depositado en el altar un brillo inusitado, algo más que una luz, mucho más que un esplendor, ciertamente un fulgor que formaba un halo de claridad inexplicable. La multitud lo rodeó postrándose, y ya no hubo más rostros que se superpusieran al misterioso sudario bañado de sol.

Recorrí todos los extremos de la habitación buscando datos más precisos para entender este argumento sin palabras, revisé cada laja, aún las que consideré inocuas dentro de la forma en espiral. Pero auscultar una losa veteada que a simple vista no muestra más que garabatos, trazas y manchas decorativas no es tarea fácil y la mente puede confabularse para exhibir imágenes tan extravagantes como la de un cuerpo crucificado, estragado por el suplicio, y sus desventuras, después del calvario, a través de años inciertos y desconcertantes. ¿Quiénes lo transportaban? ¿Por qué lo ocultaban en hipogeos ignotos que, solapadamente, cambiaban como los panoramas remotos de pueblos y ciudades orientales? Más tarde supe que los mosaicos trazaban un periplo subrepticio por Samaria y Galilea, Siria, Galacia, Macedonia, Grecia y la isla de Sicilia, y que en cada sitio el

cuerpo iluminado congregaba a multitudes devotas que vivían soterradas y desataba la ira incontenible de un enemigo implacable.

Deduje que si el monje escribía estos detalles en su pergamino, él pertenecía a una época posterior a los acontecimientos que contaban las primeras lajas. ¿Era, acaso, el recopilador de una leyenda que había inspirado al autor del montaje en el piso? Aunque, ¿por qué él señalaba un camino distinto en el comienzo de la espiral, el que, de todas maneras, faltaba en la línea de mosaicos? Intrigado y perdido, recordé un detalle que había pasado por alto: en el galpón del fondo de mi casa existían unas cajas con piezas similares a las colocadas en el suelo de la sala, posiblemente guardadas para reemplazar a las que pudieran dañarse. En el camino advertí cuán abandonados estaban el jardín, mis perros y los cuartos que ya no usaba. En años anteriores, cuando vivía mi madre, la parra cubría el extenso patio donde almorzábamos los veranos, pero ahora la vieja planta crecía sin prisa ni gracia, estaba brotada de uvas frágiles y su sombra me pareció lúgubre, como la de un fantasma. Abajo de ella, los viejos sillones metálicos lucían oxidados, aunque mantenían el porte aristocrático que le proporcionaban los arabescos de cada apoyabrazos y las cenefas trabajadas en los respaldos. Una leve brisa que zarandeaba las ramas, tañía el metal, semejando la queja de un moribundo. Me senté en uno de ellos, frente a los otros y, sin quererlo, observé en sus ornatos una apariencia apenas delineada. Era la figura del monje de los mosaicos. Me llevé un sillón a la sala y comparé los dibujos; eran similares, pero en los sillones el religioso aparecía hierático, estaba más compuesto y arreglado. No había ninguna relación entre objetos tan dispares, ya que los mosaicos habían sido instalados algunos años después de la edificación, y la memoria de

los sillones era anterior a la casa (habían pertenecido a un tío franciscano, quien se los regaló a mi padre cuando se fue a vivir a Roma). Para mí eran como las paredes o las ventanas, cosas sin tiempo que se instalan para durar hasta que el mundo se acabe. Volví el sillón a su sitio y busqué los mosaicos sustitutos entre los trastos enmarañados que poblaban el galpón. Las cajas se encontraban debajo de una pila de libros que habían sido de mi padre: novelas bochornosas, crónicas de viajes, vidas de santos, compendios de las ciencias e historias de oscuras órdenes militares del medioevo.

En alguno de aquellos libros confinados cierta vez encontré las cartas amarillas que mi padre había escondido y que denunciaban su romance con una mujer casada. El golpe fue tan brutal como paralizante; quise deshacerme de las cartas, pero no lo hice y preferí ocultarle a mi madre una verdad que no hubiera perdonado. ¿Sospechaba ella de estos amoríos cuando acusaba a mi padre de tener tratos con el diablo, o sólo se refería a su obsesión por cambiar, semana tras semana, los muebles de lugar? Enterré el secreto de la infidelidad en aquel sitio olvidado y allí lo dejé como si se tratara de rencores marchitos o dolores apagados. Muchas veces volví al galpón, pero jamás hurgué en esa llaga. Ahora, después de tantos años, me daba cuenta que ya no sentía furia ni espanto, la ira se había fugado como se fugan los sueños cuando transcurre el tiempo y nada es como antes. Sentía piedad, una paz magnánima que resumía el perdón, la complacencia, la comprensión y cualquier otra debilidad del corazón cansado.

Separé los libros con cierto asco, sus páginas bien podían ser nidos de arañas, gusanos o cucarachas; entre uno de aquellos tantos estaba

la fortuna esperándome: el retrato del monje aparecía en la portada de "Los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén". Lo abrí y descubrí que se trataba del fundador de esa Orden monástica, la que luego daría origen a la Orden de Malta. La autora del libro –la amante de mi padre- escribía acerca de un suceso que mencionan los evangelios de Mateo y Marcos, y que describe Lucas: la crucifixión junto a Jesús de dos ladrones, el uno impenitente y el otro arrepentido, a quien el Señor le prometió el paraíso antes de expirar.

Olvidé las cajas; até algunos cabos sueltos y llegué a la conclusión de que la secuencia ilustrada en el piso de la sala detallaba el sitio donde el legendario cadáver del Buen Ladrón había sido localizado por última vez; el fragor a su alrededor quizás reflejaba los combates de las Cruzadas, pero hasta ahí la historia me parecía inocua y disparatada, una entre las tantas improbables que conoce el mundo cristiano. Confieso que intenté abandonar el asunto de las lajas, por unos cuantos días deambulé por la casa poniendo orden y limpiando, arreglando lo que de todos modos era irrecuperable, y preparándome para la venta inevitable del inmueble. Pero no pude. Al cabo de una semana regresé al laberinto de imágenes y transité aquella senda que había despreciado, la del monje y su pergamino. Ya sabía que trataba con el fundador de una Orden venerable, el que posiblemente narraba los acontecimientos que impregnaban el primer camino de baldosas que había seguido semanas atrás, de modo que obvié las redundancias y busqué elementos nuevos, circunstancias que dieran en la clave de aquella trama. En dieciocho mosaicos combinados figuraba una trascripción castellana de lo que acaso había sido redactado en latín. Las palabras aparecían, para el ojo apurado, como meros arabescos arbitrarios, tal

como si se girara cuarenta y cinco grados una caligrafía y luego se la enfocara desde un metro y medio de alto: las letras se disfrazan de ondas y se alinean como finos bordados, no hay ocasión para la lectura porque las palabras juegan a ser pintura abstracta, formas que el capricho de los materiales puede convertir en gaviotas extendiendo sus alas, o en nubes de un cielo enojado; todo es decoración, y por mucho que se esfuerce la mirada no hallará más que vetas, manchas y garabatos.

Resumo lo que pude leer: En el Gólgota, el Cristo crucificado junto a dos ladrones, cifró en sus palabras de perdón al arrepentido una combinación de medicina y prodigio, la que, con efectos distintos por tratarse de situaciones también distintas, ya había utilizado con Lázaro. Las palabras exactas en arameo nunca pudieron ser recreadas, y sólo quedaron aquellas que los evangelistas creyeron adecuadas para narrar lo acaecido. El cuerpo intacto del Buen Ladrón conservó el misterio durante siglos –cuyo periplo ya mencionado se describía-, sanando a quienes lo tocaran, y por ello se convirtió en una de las reliquias más codiciadas de la antigüedad, aunque no se lo recordara en ninguna crónica. Jamás existieron datos ciertos que atestiguaran su existencia, y sólo el secreto y el misterio rodearon la leyenda que el monje rescataba en su pergamino. Pero lo que seguía en el relato me consternó. La escena que mostraban las lajas en la cripta, con el cuerpo radiante y los devotos a su alrededor, culminó de la forma más aberrante: esos silentes soterrados descuartizaron el cadáver y se lo comieron, porque de esa forma, ingiriendo al santo, creyeron ser sanos y vivir para siempre. Sin embargo, creo que esta manera de pensar resultaba poética ante la posibilidad cierta de que sólo quisieran saciar el hambre que los atormentaba.

La antropofagia repugnante culminaba el trabajo del monje, pero al modo de una advertencia para los infaustos que osaran adentrarse en enigmas tan insondables. Recordé la orden bíblica: “No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis”, referida al fruto del árbol que estaba en medio del Edén, y mi intriga creció.

Por qué la historia estaba cifrada en el piso de la sala de mi casa, y cuál era la razón para que presintiera que el laberinto en sus dos sendas operaba como cobertera de algo que jamás debía encontrarse. Las respuestas las hallé en el resto de los mosaicos que aún aguardaban en el galpón. Estaban en cajas de cartón comido por las ratas, henchidos de telarañas y algo mohosos, pero la curiosidad pudo más que el asco; los transporté y, de cuatro en cuatro, dispuse cuarenta y cuatro lajas en once hileras medianamente alineadas. Durante una semana traté de componer el orden que dichas piezas debían tener para significar algo, intercambiándolas y sustituyéndolas entre sí, e intentando penetrar las imágenes que formaban. Advertí que no tenían marcas para guiar al instalador, por lo que colegí que no eran simples reemplazos de las ya colocadas; así como estaban componían un rompecabezas sin mapa. Sólo cuando di con la grafía del monje me dije que iba por el camino correcto. El nuevo texto advertía que entre todas las imágenes que disponían la historia se encontraban ocultas las exactas palabras en arameo que Jesús había pronunciado cuando perdonó al ladrón, las que articuladas correctamente surtían el mismo efecto prodigioso de cada milagro que el Señor realizó en su existencia terrenal. Quien las pudiera reproducir tendría un poder incomparable.

No fue muy difícil deducir que todo este asunto de las lajas fue una

idea de mi padre -probablemente inculcada por mi tío franciscano-, quien compró a precio de oro el jeroglífico que contenían y las ubicó en el piso del cuarto, tal vez con la intención peregrina de desentrañarlo. Su amante debió alentarlo, ya que conocía algunos detalles y circunstancias para descifrar el enigma; su libro sobre los Hospitalarios fue impreso en el tiempo de las cartas que denunciaban el romance. Él mismo debió ocultar los cuarenta y cuatro mosaicos que yo desempolvé, quitándoles cualquier señal para su colocación. ¿Recelaba de mi madre? Nunca lo sabré. La mujer que enamoró a mi padre sabía que el sillón formaba parte de este juego excéntrico; ella mencionaba que entre sus cenefas y encajes había un código para penetrar el misterio. En su libro decía que un ignoto artesano del medioevo había diseñado alrededor de la figura hierática del monje una geometría que denunciaba un alfabeto olvidado. Aunque, claro, sólo en los sonidos que reproduce el metal cuando se lo golpea dulcemente residía la clave. Como zarza meciéndose, que puede semejar un llanto o un lamento, cada golpe en el hierro forjado simula una palabra. El conjunto hiere como el quejido de un ser atrozmente atormentado. Esto lo comprobé, y ahora lo recuerdo, cuando transporté el sillón desde el patio hasta la sala; bastó que lo zarandeara para que se escuchara el eco que recorre sus entrañas. En la silueta del religioso se habían trazado, como en un pentagrama, tono, timbre y acento de cada palabra que dijo el Señor en su frase de perdón. Los acordes finales duelen como huesos lacerados por escarpias, detienen la sangre que circula por el cuerpo y estallan en cada poro de la piel como fístulas abonadas con sal y vinagre; pero crean una sensación de paz tan infinita como inexplicable.

Obviamente, mi padre no encontró las palabras en arameo ocultas

–quizás su fe no eran tan grande, o tal vez no creyó en su amante-, y obviamente jamás pudo sentir el conjuro que me invade mientras desentraño los dibujos sublimes del antiguo idioma de Judea, uno a uno como trazas que se tornan puntos y consonantes, y que voy pronunciando merced a los sonidos que evoca el metal oxidado.

En la prisión de los bárbaros

a mi delicada amiga, Rachel Vivas

"Somos de ayer, y ya llenamos el mundo;
no os dejamos más que vuestros templos"
Tertuliano.

Querido hermano:

En la prisión de los bárbaros todo sabe a hiel, el poco aire que respiramos, la poca arena húmeda donde dormimos, cada pequeño rayo de sol que burla a los guardias y nos entibia como una manta, los mendrugos de pan que nos arrojan y devoramos, los andrajos que aún nos cubren. Nada sabe tan horrible, entrañable hermano, ni los desagües de Dominiciano tienen tanto esmero en llenarse de inmundicias. Y qué diré de los muertos que los vándalos descubrieron enterrados como raíces bajo la *puzolana* romana, en las catacumbas cristianas, ni el más putrefacto puede

compararse a esta podredumbre donde espero la muerte como un bálsamo. Quizá tu nuevo Dios quiera aceptarme cuando pierda esta coraza de piel tumefacta, me dijeron que su bondad es inagotable y que puede perdonar todos mis pecados. Quién sabe, sigo siendo escéptico y reclamo la barca de Caronte sólo para huir del dolor, no tengo vocación de héroe ni soporto el sufrimiento como un espartano, por lo que sé, no valgo nada. Y si me vieras en este estado: mis huesos pujan por salirse de la carne, llevo el pelo y la barba crecidos hasta el espanto, casi no tengo memoria de lo que es un baño, vivo famélico, rascándome las llagas, comparto mi lecho de arena con las ratas. Poco me queda de humano. A veces el corazón me asalta con débiles pálpitos, pronto se ha de detener y espero no notarlo; las piernas ya declinaron sus funciones, olvidadas del caminar y sostener esta masa que ahora habitan las pulgas y las garrapatas, sólo el cerebro me acompaña, me trae a veces gratos recuerdos de nuestras andanzas por los barrios bajos, por los parajes de Servio Tulio, ¿te acuerdas de Eleonora y Constanza? Las conocimos en las Ferias Latinas mientras observaban al toro blanco que esperaba ser sacrificado, creí que eran vestales y sentí un impulso morboso por conquistarlas. Tú me secundaste sin ganas, no sé con quién soñabas. ¿Recuerdas sus lujuriosos saltos, desnudas, dentro de las fuentes termales? Bebí del cuerpo de ambas hasta derrumbarme. A propósito, ¿existen todavía los baños de Caracalla?

Los motivos de mi prisión no se te escapan, no sé si los compartes. Me acusan de un delito abominable, y en la infamia está la mano de nuestra prima Eudoxia Licinia, la emperatriz de Bizancio. Mi enemistad con Eudoxia se remonta a la niñez, cuando los tres jugábamos a parodiar los Bacanales, y ella, la sacerdotisa niña de cabellos soleados, te prefería a ti

para hacer de iniciado. A mí me despreciaba. Llegué a odiarla, y aún de grande ese sentimiento prevaleció como si se tratara de una espina incrustada en la carne. Quizás la amaba, cómo saberlo, el corazón humano es un libro sibilino que nos muestra sus páginas cuando ya se ha quemado. Al verla sentada al lado de su esposo, el emperador Valentiniano, quien me había llamado a Bizancio para que lo representara en los delicados tratos con los cristianos –cuyo poder aumenta conforme Roma decae- tuve la intención de evitarla. Evité mirarla, evité saludarla, evité hablarle, pero su belleza acapara sensaciones que los sentidos pasan por alto. Por algún tiempo permanecí absorto en mi nuevo trabajo: asesorar al monarca sobre los interrogantes que dividen a los cristianos y que amenazan con decidir la suerte del imperio. Porque si algo he de elogiar de tu nueva religión, querido hermano, es esa capacidad de dirimir conflictos a expensas de reyes y monarcas. Agitaciones, luchas internas, revueltas y guerras son las consecuencias aciagas de preguntas tan sutiles como si el Hijo y el Padre son de la misma sustancia, y si de ella también participa el Espíritu Santo, o si María es la madre de Dios o tan sólo de Cristo, o si el Hijo, Jesús, tiene una doble naturaleza, divina y humana, o solamente ésta última. Explícame, si puedes, esta luminosa frase que memorizo sin entender: “hijo de Dios, nacido de la sustancia del Padre, consustancial con él, engendrado y no nacido, eterno como el Padre y, por consiguiente, inmutable por naturaleza”. ¿Cuánta sangre debió derramarse para que fuera decretada? Apreciarás cuánto me ilustré en los misterios de tu fe, aunque te imaginarás, querido Petronio, cuán absurdos resultan para mí estos dilemas teológicos y cuán lejos me encuentro de juzgar, por ejemplo, la importancia de que un pecado cometido en los albores de la humanidad pueda contagiar a todo el

género humano. Yo no le oculté a Valentiniano que mi pobre fe en los doce dioses romanos constituía mi única creencia -si es que así puede llamarse a ese positivismo seco como una planta sin agua que siempre ha caracterizado nuestra religión y nuestra política-, y que mis lecturas en asuntos sagrados no pasaban de Varrón, las *Décadas* de Tito Livio, la *Eneida* de Virgilio, los *Fastos* de Ovidio, el *Canto Secular* de Horacio. Sonrió (la ironía es una debilidad romana), no disimuló su politeísmo desgastado, invocó mi condición de letrado y la vieja amistad que mantuvo con nuestro padre, y abatido me sugirió que diera a estas cuestiones el mismo tratamiento que los romanos le habíamos dado a la religión griega, asimilándola como cáscara, dejando clara y yema intactas: *Esta secta griega del judaísmo sobrevivirá porque todas sus intrigas provienen del helenismo. Se expanden porque no reclutan a soñadores y desequilibrados, sino a gentes de recto sentido y buena voluntad. En el fondo tienen una doctrina sencilla: preocuparse de la beneficencia y la pureza moral. No son místicos intemperantes. No los entiendo muy bien, pero creo que serán lo que nosotros nunca alcanzamos. Si hemos de dejarles el mundo, por lo menos quiero saber qué harán con él.*

Desde hacía un tiempo habían comenzado a celebrarse concilios de obispos de tu fe, acumulando dogmas y anatemas como riquezas de un mercader afortunado. El pueblo, maltratado por el poder, los suscribía a cambio de una piedad que nunca antes le habían mostrado, se hacía eco de las palabras por la caridad que mitigaba su hambre. A los pobres, a los humildes, a los marginados, el cristianismo les proporcionaba la esperanza de ser libres y salvos. Eso sólo bastaba. ¿Por qué iban a desvelarse si filósofos paganos como Plotino y Porfirio abonaban sus simples creencias

con un idealismo desmesurado? Creo que la razón no estuvo nunca en los cálculos de los arquitectos de este imperio, más vasto y universal que cualquiera soñado por un emperador romano.

Déjame decirte, antes de continuar, la impresión que me causó Bizancio, la ciudad de Constantino el Grande, la Nueva Roma, cuando la vi desde el barco. Sentí que mi cuerpo se estremecía ante su magnificencia coronada por colinas que baña el mar, bordada de cúpulas y minaretes que resplandecen bajo el sol joven de Oriente, ostentosa de sus palacios, templos y monumentos, emperifollada de acacias, nogales y cipreses, colorida y gallarda como el jabalí que representa. Todavía mi corazón saltaba dentro de mí, y dio brincos de entusiasmo. Pero la euforia cesó cuando bajé a sus calles estrechas y tortuosas. ¡Qué contraste! Todo es suciedad y desorden, imperan el mal gusto, los olores desagradables y el griterío de los vendedores de sedas, pieles, alfombras y lanas. Existe un laberinto de calles, confuso y a la vez formidable, donde las tiendas de los mercaderes son el único panorama. Las iglesias que hizo edificar Constantino mantienen el esplendor que el monarca quiso darle a la fe que había adoptado. En una de ellas conocí al patriarca de Bizancio, Juan Crisóstomo, de quien tú conoces algo. No olvido que también conoces esta ciudad, que permaneciste un tiempo en sus cuarteles, en Gálata, y que fuiste huésped en el palacio imperial. Pero de ello me ocuparé más adelante.

Al principio sentí la mente embotada, debía ser mediador entre un emperador dulce y pusilánime, cuyo máximo temor era pecar de hereje (el pecado y la herejía atraen a la Iglesia dinero y propiedades), y la prepotencia cristiana que zarandeaba las estructuras sociales y se imponía aun con las armas. Poco y nada sabía yo de arrianos, donatistas y maniqueístas, y

me contentaba con ser un aristócrata pagano, admirador de Juliano. Te preguntarás, entonces, querido hermano, por qué recurrió a mí el ecléctico Valentiniano. Algún tiempo después lo entendí: No tenía fe ni ánimos para soportar a las dignidades cristianas en sus embates por el poder, y aunque los obispos le debían obediencia y lealtad por las tierras y las riquezas que el imperio les donaba para sus obras de caridad, necesitaba que alguien se fatigase por él. Jamás lo culpé por ello. Ni siquiera vivió lo bastante para que nos sinceráramos.

Reconozco ahora, querido Petronio, que recién cuando conocí al obispo Crisóstomo recuperé la confianza. Este hombre simple, recto y de origen pagano, rehuía las intrigas y detestaba los sínodos que complicaban las máximas de su religión. ¿Sabes que les prohíben casarse? Él me allanó las dificultades de su fe. Si no intentó convertirme al cristianismo fue porque hicimos un pacto conveniente a ambos: yo tampoco intentaría perturbarlo. Considero a la propaganda cristiana agotadora y agobiante. Nos entendimos desde el primer momento, cuando le presenté mis pomposas credenciales y él me pidió perdón por no saber qué trato darme, tan alejado estaba de nuestra golosa burocracia. Toleraba al emperador Valentiniano pero trataba con dureza las excentricidades (de algún modo debo llamarlas) de nuestra prima Eudoxia. Me veo obligado a intercalar ahora el relato de ciertas escabrosidades que tú conoces y otras que la involucraron, las que fueron del dominio público durante mi estancia en Bizancio, pero no ahondaré en desagradables detalles.

Tú y yo sabemos cómo bañaba su cuerpo la sacerdotisa niña cuando jugábamos a reproducir los rituales prohibidos del dios Baco. Ella te frotaba para que tú le impregnaras el incipiente pecho y las piernas virgi-

nales, así se purificaba, nos decía en secreto, y contemplaba tu gozo remilgado con su propio gozo, que parecía interminable. Aborrezco decirlo, pero esperé en vano que alguna vez me tocase el turno de hacer de iniciado. En la corte sus esclavos debían llenar tinajas con similar procedimiento para que la emperatriz se bañase. Al que la fuerza lo abandonaba, un eunuco lo mataba en el acto. Todos los nobles se jactaban de haberla frecuentado, cada uno de ellos podía dar crédito de su voracidad insaciable, de su voluptuosidad sin límites ni descanso. Cuántos no cayeron en desgracia por rendirse al sueño después de múltiples e impetuosos asaltos. Las esclavas negras, que en estas tierras son un fruto sensual y excitante, eran sus preferidas. Los encantos que disfrutaban con Eudoxia se multiplicaban noche tras noche en la alcoba real, y se prolongaban hasta bien entrada la mañana, mientras el emperador, encerrado en algún lugar desdeñado del palacio, ensayaba una antigua práctica egipcia para transmutar la materia y obtener el elixir de la vida eterna. La concupiscencia de su esposa lo preocupaba tanto como la enfermedad de un esclavo. Jamás alzó su voz para recriminarla y sí, en cambio, lo hizo Crisóstomo desde el púlpito de su iglesia. En cada misa, en cada celebración cristiana, el batallador patriarca hizo escarnio de nuestra prima, negándole la salvación y la bienaventuranza. La enemistad que nació entre ellos fue memorable en Bizancio. Pero en nuestras pláticas ordinarias la cuestión fue prudentemente soslayada por el prelado. Él sabía que Eudoxia superaba los deberes que me había encomendado el monarca, y prefirió no mortificarme; yo, en cambio, lo acuciaba con preguntas sobre el pecado que inquietaban sobremanera a Valentiniano. *Pecado es una falta grave contra Dios y el hombre, que ha sido creado a su imagen y semejanza. Un monarca comete pecado*

cuando alguno de sus súbditos muere de hambre, o sufre frío, o es injustamente castigado. Es pecado para un emperador olvidarse de los necesitados y los enfermos, vivir en la opulencia a espaldas de los que padecen sus inclemencias y sus necedades. Es pecado maltratar a los sirvientes, sojuzgar a los esclavos, oprimir a sus vasallos, y es pecado el poder que humilla a los débiles e ignorantes, que somete, que ultraja. Mi ánimo se desmoronaba cuando escuchaba estas respuestas. El derecho no es una cualidad de la fuerza cuando la emplean nuestros monarcas, ni la justicia clama en la punta de sus espadas. ¿Qué sabe un emperador romano de la clemencia? Hice lo que pude, querido hermano, por resguardar a Valentiniano de la temida excomunión, tú sabes, ser excluido de los sacramentos, una pena espiritual infamante que le quitaría toda autoridad legal, aconsejándole que mitigara la miseria y el abandono en que vivía la plebe. Ni una sola frase pronuncié en su presencia sobre las escandalosas costumbres de su esposa. Pero este hombre, Crisóstomo, me mareaba: *Creemos en un Dios que se hizo hombre y fue pobre, de condición baja, quien padeció tormentos y suplicios reservados a los malvados, Él murió en una cruz romana porque pocos, muy pocos, creyeron en su palabra. Se inmoló silencioso y solitario para que nosotros fuéramos salvados. Y nos enseñó a dar, no a recibir. Y acaparar es pecado, como lo es tener y querer más de lo que necesitamos. La plétora frente a hermanos que viven en un páramo, es pecado. Y es pecado la opulencia en la riqueza y la opulencia en el placer de la carne. Comer más de lo que nos es necesario para vivir es pecado. Y es pecado cada dolor que no ahorramos a nuestro prójimo.* ¿Cómo le diría yo al soberano que pecaba aun por omisión? Sinuosamente traté que cambiase alguna de las políticas más salvajes e innobles que se prac-

ticaban en el imperio, como aquella que permitía a los señores abandonar a sus esclavos enfermos en los caminos para que muriesen de sed y de hambre. No obtuve mucho porque no se compadece de la gacela el león cuando siente hambre, ni se apiada de su presa el águila cuando la enfoca desde el aire. Nuestro mundo es cruel porque no hay gloria ni ventaja en la caridad. Nuestro mundo es injusto porque no hay recompensa en el desinterés. ¿Debo agradecer a los dioses, querido Petronio, porque nuestro mundo se acaba?

Crisóstomo, entre tanto, fundaba escuelas y hospitales, no erigía nuevos templos pero hacía asilos para los huérfanos y los ancianos, mandaba a sus sacerdotes a asistir a los enfermos y a consolar a los presos en la cárcel, socorría a los desdichados y se preocupaba por atender las necesidades de los que él llamaba su rebaño. Ayunaba con frecuencia y se lo veía frágil y consumido. Su prenda de mitrado era una sencilla túnica remendada. Tenía una conversación afable, cuya evocación mitiga mis padecimientos en esta cárcel.

Pero la calma no duró demasiado. El emperador Valentiniano fue asesinado mientras tú te encontrabas de paso en Bizancio. Aún no sé por qué nunca viniste a visitarme. Mi residencia estaba en un barrio algo alejado del palacio imperial, muy cerca del mar, en una villa con escaso parque, una caballeriza y algunos animales domésticos. Sabes que siempre fui austero, no severo, y que fui mesurado con lo que la vida me daba. Recién ahora, a la distancia, comprendo que la vida, en rigor, te va quitando a medida que transcurren los años: te quita la infancia, la ingenuidad, a los seres que amas, te empalaga de sutilezas y te condena al dolor. Me resulta paradójico que sea el dolor la nota que identifica a los cristianos: su Mesí-

as crucificado, su Madre envuelta en lágrimas, sus seguidores acosados. ¿Crees tú que sólo el dolor pueda purificarnos?

Quizás te canse con mi perorata, pero permíteme explayarme, ya que es el único placer que puedo darme. Contemplo la muerte como a una de las colinas que observaba desde mi casa: alta, grácil, soberbia, implacable. Su presencia no me desagrada, pero le temo. ¿Qué habrá después de ella? Barrunto que nada, pero ¡qué bello es adornar la vida con la ilusión de otra más grata! Ese sólo espejismo nos hace más tolerantes y menos sensatos. ¿O no es acaso la sensatez la culpable de nuestros males? Por sensatez herimos y matamos, codiciamos, calumniamos, odiamos, lastimamos, profanamos, vejamos, torcemos, golpeamos, ultrajamos, dominamos y esclavizamos. Nadie que no sea sensato puede ser tan aberrante. Nadie que sea sensato puede ser puro y sencillo como el Cristo, Jesús, que me mostró el patriarca. Yo te perdono la sensatez que tuviste al no venir a visitarme.

Eudoxia necesitaba vengarse del obispo de Bizancio y tú estuviste a su lado para ayudarla. ¿También la consolaste cuando murió Valentiniano? Su violenta muerte causó menos estragos que la noticia del exilio del patriarca. Dos concilios convocados por nuestra prima, la emperatriz, fueron necesarios para que Juan Crisóstomo dejase su cargo. Cuando el pueblo se amotinó, transformando la ciudad en un grito de dolor y de rabia por el padre que querían quitarles, tú, mi querido hermano, el general Petronio Máximo, los arrasaste. ¿Fueron necesarias las masacres, el saqueo, la devastación que cometieron tus legionarios?

No te culpo, cumpliste con tu deber de soldado. Roma es un imperio militar que impone su voluntad por lar armas. Los príncipes de la nueva

Iglesia no desdeñan esta cualidad romana, sus sínodos fomentan el uso de la espada para combatir los cismas y la herejía que la atacan. Aún me queda por discernir cuánto de amor y tolerancia se esconden en esta práctica. Quizás peque de ignorante al preguntarte si también fue necesario que Eudoxia Licinia hiciera tratos con el pueblo vándalo, instándolos a invadir la Roma itálica. Me dirás que ella es de su sangre, una reina cuya dinastía los gobernará. ¿Viste a su pequeña y sonrojada hija Eudoxia alborotando el palacio? ¿Alcanzará su dulzura para regir a los bárbaros? ¿Qué hay de cierto en que tú y nuestra prima, una vez que se deshicieron del patriarca y sofocaron la rebelión del pueblo, compartieron las decisiones y el lecho que el asesinado Valentiniano había dejado vacante?

Sabes que los vándalos de Cartago, ciudad en la que me hallo prisionero y confinado, quebrantaron la dignidad romana, rapiñando hasta en las catacumbas cristianas en busca de tesoros. Las viejas y soterradas canteras de la vía Appia sólo contenían cadáveres de cristianos muertos durante las persecuciones, creo que se los llama mártires. Me enteré que la Iglesia nos reclama diez persecuciones desde la primera e infame de Nerón, a quien los libros evangélicos han caracterizado como la Bestia, el Anticristo, y cuya cifra –por ordenación numérica de las letras del nombre- es la curiosa seiscientos sesenta y seis. Su regreso desde las profundidades infernales se espera con tortuosa certeza, tanto como la llegada del Cristo resucitado que ha de juzgar a los vivos y a los muertos. ¿Será ese el momento en que tú, mi amado hermano, respondas por las atrocidades que cometiste? Aunque desde mi escepticismo no es probable, tienes méritos para ser eternamente condenado.

Cuando los soldados vinieron a arrestarme, tú ya no estabas en

Bizancio. Pensé entonces que mi hermano no hubiese permitido ese atropello. Me acusaban de traición a Roma por haber conspirado junto al obispo Juan Crisóstomo para que la emperatriz abdicara. ¡Qué estupidez! El patriarca la había amonestado por sus pecados y yo, quizás como un niño enamorado, la había evitado. En el momento de mi detención el pobre hombre vivía desterrado en el Ponto y yo padecía la soledad en mi villa suburbana. Desde la muerte del emperador se habían suspendido de facto mis funciones diplomáticas, y no tenía tratos con la corte ni con los cristianos. Te confieso, querido Petronio, que cada tarde soñaba con un barco que me devolviera de nuevo a la Italia decadente donde la gloria del imperio languidece con más elegancia. Hoy que mi tiempo se acaba, sé que jamás volveré, y por algunas circunstancias que han ocurrido no sé si debo alegrarme.

Tuve, antes de mi exilio a Cartago, una única entrevista con nuestra prima Eudoxia. Pude solicitar el privilegio porque aún soy un patricio romano. Los años habían pasado para ambos, aunque la madurez de Eudoxia favorece y acrecienta sus encantos: más carne donde se ocultan sus cualidades y más acento en los rasgos, los cabellos igualmente adorables, los ojos más profundos y los labios en llamas. Me trató sin dureza, sin formalidades. Respondió a mis pocos balbuceos con algo de tristeza y desengaño. Jamás amó a su esposo, el emperador, y sólo se hizo cristiana por conveniencia del Estado Romano. Odiaba que un advenedizo patriarca (Juan Crisóstomo nació y predicó en Antioquía hasta que fue llamado al patriarcado de Bizancio) se metiera en su alcoba y la censurara por cuestiones privadas. Respondió con el silencio a mi pregunta si te amaba, sólo me dijo que contigo se sentía dócil y extasiada, que tú lograste aferrarle el

corazón con las manos. ¿La amaste, querido hermano? Ella te amó, no lo dudo, pero el amor de una mujer nos es extraño, huidizo, inaccesible. Nunca terminaremos de entender la forma en que nos aman, cómo les va en ello el alma. Conoces mis esfuerzos por huir de todo compromiso y enlace, mis aventuras de corto alcance. No sabes cuánto lamento no tener ahora quién me ame. Te envidié desde niño por esa facilidad tuya para hacer amores vasallos, siempre fuiste el más agraciado, cuando tus ojos anidaban en el corazón de alguien, conquistabas sus favores a tu arbitrio y voluntad. ¿Dejaste alguna vez que una mujer circulara por tu sangre? Mucho me temo que tu verdadera pasión jamás afloró en ninguno de estos trances, tú siempre supiste por dónde sangrabas. Yo ni siquiera intenté averiguarlo.

No hizo falta que Eudoxia me proporcionara detalles sobre la muerte que le diste a Valentiniano. Creyó que te enceguecieron los celos. Eso le dio coraje. Te protegió, hizo de cada uno de tus caprichos un propósito, mandó a invadir la Italia por los vándalos arrianos para que un general de tu confianza se alzara con el poder de nombrar y derrocar monarcas. Te proporcionó tesoros y villas romanas, hizo que el pequeño mundo aristocrático te adorara por haberlos librado de un emperador sin agallas. Fuiste su dios, más que el Dios de los cristianos, más que mis viejos y olvidados dioses paganos. Le proporcionó magníficas rentas a la Iglesia para que no te molestaran. Te adoró sin límites ni cálculos. Pero me mintió: afirmó que no había perdido la razón por tu causa.

Su última confesión fue espeluznante: *Te confino en Cartago para que no regreses a Roma y lo salves. Tu dolor no será más grande que el dolor que me atenaza. Mi decisión es irrevocable. Seré yo la que deambu-*

le por la Italia buscando a Petronio Máximo, tu hermano. Y cuando lo halle en brazos de su amante, el general Ricimero, le arrancaré las entrañas.

No tuve de ahí en más noticias tuyas ni de Eudoxia. En la prisión de los bárbaros el exterior es un banquete del que no nos caen migajas. Además, querido hermano, me seduce la idea de morir en la feliz compañía de las ratas. Hoy, sin ir más lejos, una de ellas se acurrucó mansamente a mi lado, me dejó tocarla con la punta de los dedos y se durmió.

NOTICIA BIOBIBLIOGRÁFICA DE HUGO E. BOULOCQ

Nació en Buenos Aires, el 18 de octubre de 1952 y falleció el 28 de enero de 2012.

Fue Asistente Técnico de la Provincia de Buenos Aires en el área Talleres Literarios. Fundó y dirigió la revista literaria Ocruxaves y el periódico Prensa Literaria. Fue columnista del periódico Prensa Chica, colaborador de la revista Clepsidra y coeditor de la revista de poesía El barco ebrio.

Reunió sus cuentos publicados en el diario La Prensa, de Buenos Aires, y en las antologías de Ediciones Filofalsía en un libro titulado “Enroque en la ventana”, editado en 1987. En 2003 publicó su segundo volumen de cuentos “En la prisión de los bárbaros y otros cuentos”, y en 2008 su tercer libro de cuentos “Siempre llueven flores en Manantiales”, compuesto por textos premiados en concursos nacionales.

En 2006 publicó “Breve Teoría y Práctica del Cuento” en la colección Cuadernillos de Literatura 2005 de S.A.D.E. Delta Bonaerense.

Es coautor junto a Alejandra Murcho de “Un siglo de Literatura Sanfernandina - Diccionario Comentado de Escritores de San Fernando.1900-2004”, publicado en 2005 y reeditado en 2009, y de “Textos escogidos de la literatura sanfernandina – Cuentos”, editado en 2009.

En 2010, Apuntes para una Biografía de Carlos Enrique Urquía. La vida del poeta Sanfernandino a través de sus libros.

En 2012, Alejandra Murcho publicó la obra que lamentablemente

tuvo que terminar sola, San Fernando de Hoy, Segunda Época Literaria. Este fue el último trabajo en vida junto con ella que llevó a cabo.

Dirigió el sello editorial Ocruxaves desde 1985.

Fue presidente de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), Seccional Delta Bonaerense, y cofundador del Círculo de Escritores de San Fernando. Integra la Sociedad Patriótica y Cultural “Amistad 25”.

En 2009 fue distinguido con el Premio al Mérito del Ateneo Popular Esteban Echeverría.